

DE BUENAS LETRAS

Sara Molina

FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS De la Academia de Buenas Letras de Granada

La Academia de las Artes Escénicas de Andalucía le ha dado un Premio Lorca de Honor 2022 a Sara Molina y no hay ningún indicio de que ella se haya contagiado de la insustancialidad de los tiempos que vivimos. Al contrario, Sara Molina, que nació en Jaén, pero adoptó a Granada como su segunda patria chica, sigue cultivando el teatro con la inteligencia, la lectura y la elegancia que acaricia en sus montajes como el aire que respira.

Ignoro si ella piensa que pudo ser una de las grandes directoras de la escena española, pero aseguro que, lo piense Sara o no, es una de las grandes de la escena española. No de las que salen un día sí y otro también en los periódicos, en las televisiones, en las revistas, vendiendo no se sabe qué peroratas, moralinas o coágulos amorosos. Tampoco lo ha buscado, ni lo busca. Pero en su currículum figuran relevantes éxitos de funciones traspasadas por una poética sutil, por un conceptualismo lírico que puede llevarte a los cielos y al nirvana o a los paroxismos propios de las reflexiones de Lacan.

El fulgor escénico de Sara no se basa en el estruendo, sino en la recreación de la paradoja simbólica. No se basa en el manejo abrasa-

dor de las luces, el sonido, los aparatos y la maquinaria que hoy enriquecen los teatros. Se trata más bien de medir los tiempos, de jugar con el color y el compás (sí, el compás que dicen los flamencos) como secreto de la ocupación del espacio a través del volumen y el vacío, de la luz y la sombra, del silencio y el grito.

No hay en Sara Molina concesiones a la solemnidad casposa de los mediocres. Ni grandilocuencias en sus puestas en escena, más propias de un teatro povero que de un teatro para nuevos ricos. No hay dobleces, no hay truquitos, no hay mentiras: hay teatro en primera persona.

Conocí a Sara Molina hace tantos años que me he olvidado del día y la hora. Y cuando la he buscado para darle la enhorabuena por el Premio Lorca que acaban de concederle, me encontré con la Sara de siempre, pronta y cristalina, la mirada que ve y traspasa, esa forma de decir lo que no dice como si en realidad lo estuviera diciendo.

Sara Molina es una diva en una jaula, una revolución en un desván, un gesto en medio del silencio que algún día se convertirá en fogaño liberador, en rayo que ilumine y esparza su talento callado por el mundo.